



## COMISIÓN 4

### Licenciatura en Comunicación Social

#### Índice

1. La venganza de Edmundo. Pedro Alegre
2. Si alguien se queda me voy. Farid Allú
3. Esperanza del alma. Abraham Aranciaga Cuenca
4. Los abuelos no son eternos. Julieta Ardizzi
5. Varados. Alen Avendaño
6. Sin final. Pedro Bayugar
7. Muerte en Brasil. Alexis Bianchi
8. El viaje. Micaela Coria Andrade
9. Soy una mujer de pelo corto. Heitor De Calasans
10. Acorralada en la profundidad. Juana Fernández Cappi
11. La hora de las brujas. Agustina Flores
12. Tarde de lluvia. Melina Francisco
13. La venganza de la nueva civilización. Giannina Gianechini
14. De camino al suicidio. Mateo González
15. Terror en las sombras. Micaela González
16. Duplicación fantasmal. Rodrigo Hormus
17. El deseo de morir. Tomás Irigoite
18. Confundida. Florencia Macua Zabala
19. Un perfume que no se envasa. Florencia Malazotto
20. Si no despierto. Pilar Martínez
21. El viaje eterno. Agustín Morales
22. Muerte y paz. Juan Manuel Olavarría
23. Yo no elegí mi destino. Josefina Pajón

24. El último domingo. Valentina Pereyra
25. Asesinado y muerto dos veces. Amparo Pinal
26. Querer ser. Malena Prieto
27. Insomnio. Jerónimo Pujol
28. El poder de mi mente. Betania Crisjedi Quevedo González
29. Traición en tiempos modernos. Santiago Ramos
30. Buenas obras y nuevos sentidos. Fiorela Del Carmen Rengel Delgado
31. Cangrejo. Delfina Rodríguez
32. Tortura repentina. Tomás Ruiz
33. Su miedo y su gracia. Martina Salva
34. La luz al final del túnel. Martin Tarsia
35. Milanesa. Jeremías Theriano
36. ¿El gran final? Agustina Torres Molina
37. Noche de silencio. Melany Trejo
38. Se acabó la fiesta. Micaela Valdez

Pedro Alegre

Dantés llegó a la isla seca, por el mapa que le había dado su compañero de encierro. Lo observó por unos minutos y creyó estar cerca. Mientras tanto, en Marsella, Danglas se enteró del escape de su enemigo y le pidió a Villefort que lo encuentre y lo mate. El padre de Edmundo y su novia Mercedes se acercaron a reclamar por la aparición de él y Villefort les mintió diciendo que lo cambiaron de celda por su mal comportamiento y que le habían aumentado los años de prisión.

Edmundo, en la isla, encontró unos cangrejos, se alimentó y se fue acercando cada más a la zona del tesoro hasta que finalmente lo halló. Había toneladas de monedas de oro y con eso podría empezar a preparar su venganza.

Unos días más tarde, gracias a una canoa que encontró abandonada, logró llegar a Marsella. Rápidamente fue hacia una casa donde compró todo lo necesario para ejecutar su venganza. A su vez, contrató a un mensajero para enviarle una invitación a Danglas que decía que era un importante monarca y que quería agasajarlo por lo que había hecho con Edmundo. Danglas fue hacia el lugar, lo atendió un mayordomo y lo hizo entrar a un cuarto.

De pronto, apareció Edmundo por detrás, trabó la puerta y le empezó a hablar por atrás a Danglas. Este al principio no lo reconocía, pero cuando lo vio se quedó impresionado, pero no logró defenderse ya que Dantés le pegó un tiro en la cabeza. Luego, para evitar volver al calabozo, Edmundo se suicidó.

### **Si alguien se queda me voy**

Farid Allú

Cuando logran atravesar la pared, el fantasma y Virginia llegan a tener una conexión especial, tanta que se acarician lentamente con toda la suavidad de la cara interna y externa de la mano, como si fuesen dos plumas haciéndose cosquillas. Se aprecian y empiezan a rozar no solo las manos, se acercan sus cuerpos, fijan sus miradas profundamente. Esa miradagenera mil pensamientos pero desemboca en una caricia por todo el cuerpo. Se vuelve tan profunda que pueden sentirse física y mentalmente. Se abrazan intensamente y llegan a besarse, de manera lenta y detallada.

Alejan sus caras, por un momento, para acariciar sus cuerpos enteros de nuevo. Él comenzó a pensar en que solamente hacía eso por el descanso eterno, pero al adentrarse en las miradas se dio cuenta de que había algo más que un único deseo, había un sentimiento, un enamoramiento. También por el lado de Virginia.

Se vieron involucrados en una sensación de la que no podían salir, entonces siguieron por donde iban, por el amor. La conexión era tal que se unieron en un solo sentimiento, en un solo ser. Dio pie a tanto placer que ambos sentían mareo de amor y aunque estuviesen juntos no podían quitarse de la mente.

Se percataron de que su conexión venía desde hacía mucho tiempo, estaban destinados a vivir ese instante y, dado esto, no hicieron más que aprovechar el momento y avivar el fuego. No llegaron a despedirse que se unieron en un abrazo eterno.

## **Esperanza del alma**

Abraham Aranciaga Cuenca

Violeta, al mudarse a Ayacucho con sus padres, fue presa de sucesos que la dejaron atónita y con profunda curiosidad. Los hechos eran realizados por un fantasma que penaba en la nueva casa de Violeta. Este, condenado porque en vida había sido un ser despreciable, vio en la joven algo que no había visto en más de 300 años de condena: la pureza de un ser que el mundo no había corrompido. El hecho era inevitable, Violeta conocería al fantasma, y ese momento se dio con un profundo desconcierto. Ambos conectaron a tal punto que, usando la inocencia, este la convencería de faltar a sus principios por simple curiosidad.

El fantasma vio una oportunidad para morir eternamente y ser liberado de su condena. Convenció a la joven, llena de curiosidad y de dudas, de ayudarlo. Ella no podía faltar a su propia moral y fue convencida de ir al inframundo por empatía, pero más por un sentimiento de libertad.

Al llegar al lugar vio almas desahuciadas en pena, deprimidas, solitarias, tropezando y chocándose entre sí, no quería lo mismo para el fantasma. Violeta tenía miedo, pero lo disimulaba y pensaba en su futuro. ¿A qué le temía? Se daba cuenta de que era más susceptible de lo que creía.

—Pobre inocente, no estás tan lejos de esta realidad.

Ella no entendía lo que sucedía. Estaba pasmada, el fantasma seguía su camino mientras ella iba a la par. Tenía miedo pero en ella algo cambiaba, consecuencia o casualidad creía en sí misma y tenía la certeza de hacer algo, una noble causa en medio de tanto sufrimiento. El fantasma le dijo:

—No temas, que tu único pecado fue ayudar a un condenado, yo te diré el camino para volver al lugar que llamas realidad.

Más calmada, Violeta sintió empatía en el fantasma, sabía que tantos años de condena ablandaban al alma más dura. Convencida de esto solo lo siguió, aunque era muy introvertida tenía cientos de dudas pero prefería callar. Había aprendido a temer a las respuestas, el observar le daba respuestas que eran a medias pero eran respuestas al final. De tanto andar llegaron a una cueva que emanaba un color ámbar oscuro, mirándola a los ojos el fantasma volteó y al verla le dijo:

—Este es el final de nuestra extraña coincidencia. Este túnel te separa de tu dimensión. Vuelve y utiliza todo lo que has descubierto aquí para que ese mundo que aún no conoces no te deje triste, que no te quiten la inocencia que siempre es tomada por ingenuidad, siendo este un valor que nos hace humanos y que este mundo nos quita. A mí me costó 300 años entender esto y comprender.

Violeta entendió tantas cosas con los ojos llorosos. Veía al fantasma mientras se alejaba y supo entender que el mundo no recordaba sus inicios, que nos toca explorarnos, que el hecho de haber vivido esa experiencia la marcaría de por vida, con una visión de lo que es el vivir y no esperar una eternidad para comprenderlo.

## **Los abuelos no son eternos**

Julieta Ardizzi

Corría el año 2012, tenía catorce años y en mi entorno familiar se empezaba a comentar que mi abuela no andaba bien. A partir de ese momento, el estado de preocupación y alerta nos invadió a todos. Fueron seis años de tristeza, paciencia, acompañamiento, médicos y una decena de pastillas diarias.

En mayo del 2018, finalizó esa angustia constante. Susana se fue, pero también se quedó para siempre.

Los diagnósticos siempre fueron confusos, solo se sabía que su falla era mental. Algo atacaba su neurosis. Al principio se olvidaba tonterías, o le costaba sostener el

hilo de una conversación. Hasta que nos olvidó a nosotros ¿nos olvidó o perdió la capacidad para reconocernos, identificarnos?, ¿le dejamos de ser familiares?

Los años pasaron y todo empeoró. Ya no pudo caminar, ni hablar, ni alimentarse convencionalmente. Los últimos meses casi no abría los ojos, cuando ocurría se trataba de una mirada perdida, divagando por algún lugar. Esa mirada no penetraba, no fijaba.

El 25 de mayo del 2018, estaba en la casa de una amiga cuando mi mamá me llamó por teléfono. “Juli, tratá de pasar por la casa de la abuela, creemos que falta poco. Nos estamos llamando entre todos”, dijo y a mí me invadió un vacío que me dejó atónita. Nunca había presenciado la inminencia de la muerte de cerca.

Aproximadamente a las siete de la tarde entré. Me encontré con tíos y primos, el ambiente era tenso, pero con solo mirarnos podíamos entendernos, era el fin de una agonía que dolía. Mi abuela estaba como siempre, sin poder vernos. Tenía un respirador artificial que alargaba un poco el funcionamiento de su corazón. Me senté en el borde de la cama, agarré su mano y me apoyé en su hombro. Por unos minutos, solo existí para ese momento.

A la mañana siguiente, el sábado 26, fue su partida. El velorio se extendería durante toda la noche. Vivíamos una fila de consuelo, abrazos, vasos con agua y muchos pañuelitos. Los más enteros emocionalmente lideraban esa fila, pero también les iba a llegar su momento de vulnerabilidad. El ambiente era triste y angustiante.

El domingo, cerca de las nueve de la mañana, fue el cierre del cajón. Todos nos reunimos a su alrededor y cada uno fue materializando su despedida. Toqué su carita, estaba muy blanca y fría, pero también se veía calma. Intenté pensar que no se trataba de ella, y mantener en mi memoria su sonrisa y su vitalidad.

En el aniversario número uno de su muerte, la herida se abre, el dolor punza un poco más. El 26 de mayo se fue, pero también llegó a este mundo, una mañana otoñal de 1939. Ordenada y exacta Susanita... no esperaba menos de vos. Ya nos volveremos a ver, y después de abrazarte, tendremos una revancha, viejita timbera.

## **Varados**

Alen Avendaño Enriquez

Un día de invierno, cuando tenía 14 años y mi hermano tenía 17, queríamos irnos de viaje. En un momento mi mamá nos había dicho si no queríamos ir a la casa de su hermana que vivía en Salta. Nosotros, más que felices, le dijimos que sí queríamos.

Llegó el día tan esperado, el día que íbamos a tomar el micro. Fuimos hacia la terminal de La Plata a esperarlo, pero no llegaba. Ahí empezaron a salir las cosas mal.

Nos informaron que se iba a atrasar una hora. Nos estábamos muriendo de frío en la terminal. Después de tanta espera llegó. El momento más triste para mí fue despedirme de mi mamá, ya que nunca había viajado sin ella.

El viaje duró casi un día, hasta que llegamos a la terminal de Perico, Jujuy. Mi tía nos iba a esperar ahí porque íbamos a ir a la casa de otra tía primero. Fuimos, almorzamos y todo salió bien. Estuvimos dos días en Jujuy y nos fuimos a Salta. Subimos por el teleférico, estuvo muy bueno. Pasé mi cumpleaños en Salta con familiares que no conocía.

Luego de dos semanas en Salta llegó el momento de volver para La Plata, ahí empezó lo peor. Mi tía iba a viajar con nosotros. Ella compró boletos muy baratos de una empresa que nunca había escuchado.

Cuando estábamos pasando un campo enorme por donde no andaba nadie, el micro se rompió y quedamos varados en el medio de la nada a las nueve de la mañana. Con la gran suerte que teníamos, justo ese día hacía un calor infernal y cerca de donde estábamos no había ni un árbol.

Nos estábamos muriendo de sed, de hambre y de calor. Estuvimos parados hasta las siete de la tarde esperando. En el transcurso de ese tiempo no tuvimos más opción que quedarnos afuera del micro a plena luz del día, quemándonos, todos fatigados.

Apareció un micro súper tarde que nos llevó a Capital, a la zona de Once, a las dos de la mañana, y tuvimos que tomarnos un taxi desde Capital hasta La Plata. Llegamos a las cuatro de la mañana a casa.

**Sin Final**

Pedro Bayugar

Soy una persona que uno de sus mayores miedos es la muerte. No poder desarrollarme. No vivir nunca más la adrenalina de la felicidad. No acompañar a la tristeza en sus enseñanzas.

La muerte es algo que me genera escalofríos. Acaba con este mundo lleno de miedos a no ser alguien. O peor, a ser alguien que odiamos. Se terminan los bellos momentos, los olores, los abrazos, la mirada de quien amamos. Se acaba la mierda y la belleza de este devenir constante. Por eso, tengo muchas pesadillas con la muerte. Mía o, en el peor de los casos, de alguien más.

Pero la historia que relataré la acabo de vivir, hace un poco menos de un cuarto de hora. Esta historia narra algo tremendamente más angustiante que la muerte: la vida eterna.

Nacimos en una sociedad donde la vida eterna es un objetivo de la ciencia moderna. La medicina se desespera para poder otorgar más vida. La vida es el valor más inherente e innato que puede existir. Pero déjenme decirles que la vida no es hermosa (es una mierda), pero su eternidad es mucho peor:

“Soy Pedro. Estoy redactando estas cartas para mis posibles nietos. Tengo 55 años, hace más de 15 que estoy casado con Esperanza. Tenemos una hija, Almendra. Ella tiene siete. Mi vida no es la mejor, ni la más excitante. Pero no la cambiaría por nada. Soy lo que quiero ser –no sé que soy–, tengo lo que quiero tener –no sé qué tengo– y vivo donde siempre quise vivir. Puedo mirar mi pasado con orgullo, pero también con angustia” (Córdoba, Argentina – 10/03/2077).

Esa fue la primera carta. Decidí que iba a guardarlas a todas en una caja de cobre debajo de mi cama. El día que me muera pediré que la desempolven y se la den a mis nietos.

“Hoy vuelvo a narrar un poco de mi vida. Estoy sumido en una de las más grandes desgracias: murió mi querida esposa, Esperanza, a la edad de 79 años, debido a un infarto terminal. Me acompañó por más de 40 años en la vida y te juro, nieto querido, que el dolor que siento es abrumador. Siento como si una parte de mi vida se estuviera muriendo” (Córdoba, Argentina –10/03/2083).

“Almendra acaba de dar a luz a mi querido Martín. A la edad de 37 años es madre, y yo por fin puedo ponerle cara y alma a mi lector. Tengo 85 años, cerca de padecer, me temo que no podré tener tantos momentos vividos contigo. Pero



espero que estas cartas den cuenta de mí. Te quiero mucho, me llenaste el alma como lo hizo tu mamá, Almendrita”(Santa Fe, Argentina – 05/05/2098).

Esos momentos cuando la vida y la muerte frenan la puja para darte instantes hermosos como el nacimiento de un nuevo ser. De un nuevo amor, de un sentido nuevo por el que vivir.

“Sigo escribiendo con una claridad y una lucidez que no puedo entender: ya tenés 15, Martín. Y tu madre tiene unos 52 años. Agradezco poder vivir contigo tu adolescencia, tu infancia y niñez. Pude verte crecer y aprender. Tengo 100 años e increíblemente puedo seguir escribiendo y dejando esto para la posteridad. Amo verte correr, cómo dibujás y lo que te moviliza la música. Ojalá seas la persona más feliz que haya pisado este mundo horrible. Te amo Martincito, espero seguir con vos un par de años más” (Santa Fe, Argentina – 05/05/2098).

“Hoy murió Martín. No sé ni por qué escribo estas cartas, no entiendo por qué estoy vivo. Mi hija está llegando a sus 70 años y yo todavía no me enfermé ni de pulmonía. No entiendo por qué la salud me avala. No entiendo por qué estoy vivo en esta mierda si todos se van. Esperanza se fue, te fuiste vos Martín y solo me queda Almendrita y alguno de mis queridos hermanos. Pero ya están en muy malas condiciones de salud. Se me está pudriendo el alma, por el contrario de mi piel y mis órganos. Te voy a extrañar mucho Martín, así como todos los días lo hago con Esperanza” (Santa Fe, Argentina – 03/11/2116).

Uno pensaría que vivir 118 años es un regalo divino. Que nadie tiene la dicha de haber conocido y experimentado como yo. Agradezco por este regalo, pero espero no padecerlo.

“Se murió Almendra. No entiendo por qué yo no. Tendría que haber muerto hace más de 50 años a los pies de mi querida esposa. Estoy solo, todos mis hermanos están muertos, mi familia está muerta, mis amigos están muertos. He decidido suicidarme, espero que el mundo sepa que no quiero vivir dentro de esta realidad si no puedo compartir una sonrisa con quienes me sonrieron” (01/12/2125).

El mundo no es mi mundo. La gente es otra gente, hay cosas que no puedo explicar, las formas de las cosas son distintas. No sé en qué país estoy. Vi la independencia de Santa Fe, vivo en un país llamado Mesopotami. Yo no soy más

humano.

No puedo morir. Los médicos no saben más cómo estudiar, me toman pruebas de todo tipo. Ya tengo 200 años. Vi caer el capitalismo, vi los cambios sociales más extremos que te puedas imaginar, lector anónimo. Soy un experimento, quieren estudiarme para tener la vida eterna. Dicen que soy un ser evolucionado. Pero yo ya no quiero ser nada.

Tengo 500 años, ya no sé ni quién soy, ni a quién quiero. No sé ni por qué tengo nombre. Amé a tantas personas, odié a muchísimas más. Hoy ya me parece idiota tener sentimientos hacia alguien o algo. Todo va a desaparecer y yo lo veré decaer. Me odio, quiero morir hace muchísimos años. La vida no tiene sentido, porque yo no lo tengo en mí mismo. La vida es el peor regalo que me dieron, la muerte fue la peor atrocidad que no viví. Quiero vivir la muerte.

A veces las pesadillas como este cuento no tienen un final, es solo despertarse y rezar para que solo haya sido eso, un sueño. Solo es esto, un cuento. Pero que no tiene final. Porque la muerte desapareció, y el único final es la muerte dentro de la eternidad.

## **Muerte en Brasil**

Alexis Bianchi

El auto frenó de golpe y mi cara se estrelló contra el asiento delantero. El golpe hizo que me despertara, mis manos estaban atadas y tenía una venda en la boca. En el asiento delantero se encontraba una mujer delgada, de pelo oscuro, estaba comiendo una ensalada muy detenidamente. Y, del lado del conductor, había un hombre de gran complexión y el pelo muy corto. Empecé a desesperarme, me sudaban las manos y la frente. Mis secuestrantes se miraron y el hombre dijo:

—No puedo seguir. Esto no es lo que esperaba.

—Ya está hecho, no hay vuelta atrás—dijo la mujer y el hombre volvió a arrancar el vehículo.

Mis piernas empezaron a temblar, las manos me seguían sudando, vi por la ventana y era todo oscuridad, frenaron en una casa vieja, él bajó y la mujer sacó un arma, me quedé congelado y comencé a llorar. El hombre volvió a subir y ella le disparó en el rostro y automáticamente se disparó.

Pasé toda la noche, atado en el auto con dos cadáveres, hasta que a la mañana siguiente decidí bajar rompiendo la puerta a patadas. Era una ruta vacía, sin nada alrededor. Después de horas de caminar, decidí rendirme, mis pies ya no daban más y tenía mucha sed, caí sobre el asfalto y me dormí.

Cuando desperté, me encontraba en la sala de un hospital con carteles escritos en portugués, un médico se acercó y me evaluó, acto seguido se fue. Volvió unos minutos después con un teléfono, por fin pude llamar a mi casa.

## **El viaje**

Micaela Coria Andrade

Cayeron lentamente por ese agujero negro donde las peores bestias se encontraban.

—Cierra los ojos y abrázame fuerte, nada malo te pasará si estás conmigo —le dijo el fantasma a Virginia.

Durante el viaje muchos de esos seres trataban de quitársela, pero él no lo permitió, de sus brazos no podrían arrancarla. Llegaron. Tocarón el piso.

—Abre los ojos, hemos llegado —dijo el fantasma con un tono relajado.

—Gracias por protegerme. En un momento pensé que me iba a salir de sus brazos —dijo Virginia.

—¿Cómo voy a dejar que te pase algo malo? No podría descansar en paz sabiendo que te perdí en el camino de la oscuridad. Tu amor y tu luz me salvan, me vas a salvar, no podría perdonarme que no regresaras a tu vida por mi culpa —dijo Simón.

Virginia lo abrazó y cuando miraron alrededor, había muchas puertas. En cada una de ellas estaban todas las cosas malas que él había cometido. Tendrían que entrar por cada una de ellas, para ver toda esa vida horrible que había vivido, lo perjudicial que había sido para cada uno de los nuevos huéspedes que tuvo Canterville Chase desde hacía tres siglos. Tendría que tomar consciencia de lo que había hecho y arrepentirse de corazón para que Virginia le concediera el pase al jardín de los muertos.

Mil quinientos setenta y cinco. En esta puerta la joven parecía no soportar lo que estaba viendo, tampoco podía creer que le estaba dando una oportunidad a este

personaje aun viendo cómo mataba a su esposa. A medida que iban pasando las puertas, las lágrimas de ella eran difíciles de contener, pero sabía que era necesario, observar y escuchar todo eso para que el fantasma pudiera descansar y para que nadie volviera a pasar nada causado por él.

Anteúltima puerta. Los Otis llegaron a Canterville Chase. En esta Virginia se sorprendió al ver cómo el fantasma trataba de espantarlos, pero la inteligencia de su familia fue más fuerte, y a la vez fueron tan malos con él. Ellos habían comprado la casa, pero su dueño aún estaba adentro, y lo único que quería era estar el solo y descansar en su hogar, que hacía bastante tiempo había sido invadido por extraños.

Llegaron a la última.

—Sé que con todo esto que viste pensás que fui una persona horrible, pero durante toda mi vida no fui feliz. Nadie realmente me quiso, todos me hicieron mal. Ni siquiera mi esposa me hizo sentir bien y por eso la maté, aunque no puedo justificar el matar personas con mis problemas. Todo lo sucedido fue la forma que encontré para sentirme bien, poderoso, para que otros la pasaran mal y ver cómo esta vez no me lastimaban a mí, cómo esta vez tenía todas las cartas para ganar— con una voz muy triste habló el fantasma.

Ella no respondió nada, solo dejó que sus lágrimas cayeran y lo abrazó.

—Esta es la última puerta. No sé qué nos espera al cruzarla, pero volverás a casa y una parte de mí siempre recordará tu hermosura y tu bondad, espero que no me recuerdes como la persona tan mala que fui, si no como la que hoy te dice ¡Gracias!

—Al cruzarla había un camino y, al final de este, un portón de rejas. Estaba el jardín de la muerte.

—Este es tu momento, te perdono y también te pido perdón por la estadía con mi familia, ahora podrás dormir—le dijo Virginia con los ojos llenos de lágrimas, pero con una sonrisa en su rostro, dándole sus últimos dos lápices, el añil y el blanco.

Con el perdón de la joven y los dos colores en su mano el fantasma pasó al jardín de la muerte.

## **Soy una mujer de pelo corto**

Heitor De Calasans

Me llamo Maite, tengo 16 años y estoy escribiendo para poder desahogarme.

Hoy salí de mi casa para ir a la universidad como todos los días, pero no fue como todos los días. Estaba caminando cuando escuché una voz llamándome. Algo como: “Hola, ¿todo bien?” un hombre en mi dirección, hablando conmigo. Yo respondí “todo bien” y pregunté:

—¿Puedo ayudarte?

Él sonrió y me dijo que sí.

—¿Cómo puedo ayudar?

—Quería decirte que eres muy linda, pero con el pelo corto parecés un hombre, no una mujer normal.

Yo súper espantada respondí:

—¿Quién es usted para acercarse a mí y decirme que parezco un hombre por tener el pelo corto? No puede decir que una mujer no es mujer solo porque ella tiene pelo corto.

—Una mujer tiene que tener pelo largo para parecer mujer. Usted así no parece una mujer—respondió él y se fue caminando.

Me dejó hablando sola, yo indignada yendo a la universidad pensando en lo absurdo que me pasó con un hombre que nunca había visto en mi vida y que en el siglo XXI tiene ese pensamiento tan antiguo, tan cabeza cerrada.

### **Acorralada en la profundidad**

Juana Fernández Cappi

Esta es la historia de una niña que cayó en un agujero cuando era pequeña. Tenebroso y frío, sin dudas no era lugar para una joven. Menos para aquella.

Lo primero que podías hacer al verla era sonreír, eso era lo que transmitía con su sonrisa adorable, sus ojos color café, brillantes como las estrellas y sus manos diminutas, suaves como el pelaje de un caballo en verano. Sin embargo, en el agujero, la luz se había extinto junto con su mirada. Ahora la niña y el pozo eran uno. Se había amoldado al sitio y, aunque todavía no se atrevía a llamarlo hogar, estaba segura de que permanecería en él por siempre. Ya no podía imaginarse en otra parte.

La superficie le resultaba confusa, solo vivió pocos años de vida, escasos recuerdos la habitaban. Le resultaba inimaginable cómo las personas podían convivir fuera con tanta luz alrededor.

Desde el extremo superior del agujero colgaban tres cuerdas que la conectaban con el cielo radiante. Una de ellas colgaba por encima de su cabeza, que, fácilmente la alcanzaría al estirar su brazo. Con los años, estas sogas parecían haber ido debilitándose, jamás habían sido utilizadas. El color blanco se tornó amarillento y las plantas se apoderaron a lo largo. Razón por la que la pequeña, temía que pronto ya no habría nada de lo que aferrarse para salir.

Había días de oscuridad en los que el agujero parecía volverse más y más profundo, y otros, en los que la luz del sol parecía querer penetrar la tierra. Por desgracia, los que predominaban eran los días en penumbra. Estos, resultaban insoportables, su cabeza solía traicionarla, mientras más sobrio se volvía su entorno, más fuertes parecían sus deseos de resurgir. Solo en los días de oscuridad, la niña anhelaba el calor del sol en su piel y suplicaba que las cuerdas reaparezcan y la ayuden a ascender pero para entonces estaban lejos.

Al pasar la tormenta, la pequeña parecía olvidar lo que había sucedido y seguía adelante con su rutina, restándole importancia. Mientras que, como siempre, el agujero se volvía aún más profundo.

En los días sombríos la desesperación intentó más de una vez guiarla en dirección al sur del agujero, donde voces la seducían. Solo una vez se atrevió a acercarse a aquel rincón, donde todo era silencio. Estuvo a punto de dar un paso adelante, cuando recordó las cuerdas colgando. Retrocedió. Estaba segura de que en caso de avanzar, aquellos que las sujetaban con ganas, caerían. Eso era algo que no podía permitir. Nadie sufriría por ella.

## **La hora de las brujas**

Agustina Flores

Invierno, la oscuridad y el frío de la noche se adueñan del día. Las mantas y los almohadones la cubrían después de un día estresante. Su cuerpo se relajaba cada vez más. El único resplandor que se distinguía en la habitación, era la luz de la calle

que entraba por el pequeño espacio entre las cortinas, pero no era suficiente, la oscuridad la encubría.

Mientras acomodaba su cabeza para lograr conciliar el sueño, centró su atención en los muebles del cuarto. Algo extraño sucedía con ellos, pero no lograba descifrarlo. No le dio importancia. Fijó su vista en el único lugar que le generaba seguridad, la luz. La oscuridad y la soledad siempre le habían generado conflicto, y cada vez que aparecía esa idea en su cabeza le quitaba el sueño. Su reloj sonó indicando que había llegado la medianoche, y su mente intentó reprimir la idea de que la hora de las brujas había comenzado, pero falló. Eso siempre la atormentaba. Con la intención de encontrar una posición cómoda, quiso darse vuelta y algo se lo impidió. Confundida, lo intentó de nuevo y sucedió lo mismo. Desesperada comenzó a mover sus piernas y sus brazos, pero era imposible. El terror la consumió, esbozó un grito en busca de ayuda, pero ningún sonido surgió de su boca. Comenzó a sentir un peso encima, no lograba descifrar qué era, pero cada vez lo sentía más y dificultaba su respiración. Su visión era limitada por las mantas que cubrían sus ojos, y eso le generaba curiosidad, pero no de la buena.

Mientras intentaba mantener la calma para tratar de entender qué sucedía y de esa forma, encontrar una salida, el peso que la incomodaba desapareció. Y, de un segundo para el otro, cayó al piso como una piedra. El frío pasó a ser parte de ella, excepto por su cabeza que no paraba de dar vueltas. Al caer, había empujado la mesa de luz ocasionando que todo lo que había sobre ella se derrumbara sobre el suelo. Para tratar de mantener la cordura cerró sus ojos, buscando la tranquilidad que eso siempre le generaba. Funcionó hasta que escuchó ruidos extraños y risas agudas, que lo único que creaban era terror. Abrió sus ojos y su mente enloqueció. Ella, libros, cajas, anillos, y todo lo que se había caído, ahora se encontraban levitando. Las brujas habían llegado.

Ya se había rendido. No encontraba explicación alguna de lo que estaba sucediendo. Dejó que el miedo la terminara de consumir, de todas formas, no tenía otra opción. Rendida ante la oscuridad, centró su atención en los muebles, donde volvió a notar una particularidad. La inquietud que le generaba opacó todo lo demás, y de alguna forma sintió que allí encontraría su solución. Esos muebles no estaban acomodados de la forma habitual. Ni siquiera eran sus muebles. Ni sus cortinas ni su cama. Esa no era su habitación. Allí lo descubrió. Su cuerpo volvió a

relajarse, pero esta vez de verdad. Cerró sus ojos y por fin sintió conformidad con esa oscuridad.

### **Tarde de lluvia**

Melina Francisco

Cada vez que llovía salía con mi hermana a jugar. Ella de ocho años y yo de nueve. Mis papás no nos dejaban salir de casa, pero siempre nos las ingeniábamos para escapar.

Una vez mi abuela vino a visitarnos. Mis padres no estaban y ella nos tenía que cuidar. La verdad es que yo me aburría. Cuando venía, me resultaba mala, no nos dejaba ver televisión y apenas nos dejaba salir a jugar con amigas del barrio. Lo único que quería era que hiciéramos tarea.

Esa tarde llegó y, como tantas otras veces, no nos dejó jugar. Pero ese día fue particular comenzó a llover mucho y tuve la idea de escaparme mientras que mi abuela bañaba a mi hermana. Aproveché para mojarme y divertirme bajo la lluvia, para ser feliz.

### **La venganza de la nueva civilización**

Giannina Gianechini

La intensidad de los pastizales me atrapó. El aire puro y el frío de la noche eran como volver a nacer. Cegada por la libertad, después de una vida entera rodeada por paredes metálicas grises, y todo lo artificial de la tecnología, que nos había condenado a la exterminación humana. Me sumergió en un oscuro camino.

No estaba sola. De repente, un grupo de personas me rodearon. Me tomaron con fuerza, no tenía escapatoria. Me llevaron a una cueva, sentía la humedad del ambiente y un olor a pudrición insoportable. No podía ver nada, todo era oscuro y solo alcancé a divisar sus prendas y vestimentas rústicas como pieles de animales, faldas largas, ponchos. Parecían guerreros, hablaban un idioma desconocido al mío.



Sabía que era el fin. En unos segundos pude sentir como mi cuerpo se desvanecía tras sentir el doloroso filo de un arma atravesando mi pecho. El sufrimiento se repitió una vez más. Vi la luz mientras todo se tornaba lejano a mi alrededor.

Giannina era una de las habitantes nacidas en el refugio. Conformado por unos pocos grupos de la élite, familias millonarias de los antes llamados “países”, potencias o Estados-Nación.

El mundo estaba destruido por la Tercera Guerra Mundial, una fuerte y destructiva contaminación había aniquilado casi toda la vida. Las poblaciones murieron de hambre y de enfermedades. Todo el mundo moderno que conocían, lo habían destrozado los poderosos, en cuestión de horas, con sus bombas. Era imposible salir del refugio sin morir por los tóxicos nucleares en el aire.

Ya habían pasado años desde la guerra, que no había dejado rastros de las ciudades y nadie sabía si el mundo era habitable. Las provisiones de comida ya no bastaban, nadie había imaginado la magnitud de la catástrofe mundial.

Una noche de invierno, Giannina no soportó más el ahogo de la situación. Si no salían se morirían de hambre, y si salían, nadie sabía que había afuera. Entonces, salió pensando como la mayoría en el refugio: todos estaban muertos, ellos eran los únicos en el mundo.

Al salir, se dio cuenta de que el aire era sano. La felicidad la invadió después de años de encierro, y corrió lo más rápido que pudo. Quería ver vida, aunque era casi imposible, ver animales, algo que le asegurara la supervivencia en el planeta. Y lo encontró, pero no sabía que esa sería la primera y la última vez que vería el mundo exterior.

### **De camino al suicidio**

Mateo González

Luego de llegar a la costa, al escaparse de la prisión. Edmundo con la sabiduría del Padre Faría, tomó el mapa y se decidió a buscar el tesoro escondido. Para luego exiliarse a la isla Alba y vivir sin preocupaciones por el resto de su vida. Mientras tanto en Marsella, Villefort y Fernando mantenían una reunión secreta para planear la muerte del prófugo.

Tiempo después, Edmundo recuperado del escape de la prisión, emprendió viaje en busca del tesoro. Al llegar al lugar donde se encontraba el tesoro, decidió cavar y descubrió que el padre le había mentado todo ese tiempo, no existía ningún tesoro. En ese momento optó por regresar para vengarse de todos. Volver a la ciudad y por fin deshacerse de Villefort y de Fernando, los culpables de sus males.

Nuevamente en Marsella, se alojó en una casa abandonada donde solía vivir tiempo atrás, para planear la venganza final a sus enemigos y así, vivir tranquilo el resto de su vida. Sin embargo, en su retorno se dio cuenta que los habitantes de la ciudad lo odiaban, que lo querían fuera de ella.

Todo el sufrimiento acumulado por tantos años de tristeza y de exilio lo llevaron a tomar la decisión de quitarse la vida, de dejar de ser un estorbo para los demás.

### **Terror en las sombras**

Micaela González

Me encontraba en un suelo frío, sucio y húmedo, era un lugar abandonado por cómo lucía, miré a mi alrededor y estaba sola. Luego de levantarme, observé por la pequeña ventana y el paisaje era un bosque oscuro sin señales de que alguien lo habite.

Al salir de la choza, caí en una especie de pozo. Mi cabeza se golpeó contra el suelo y me desvanecí. Cuando desperté estaba atada a una pequeña silla de madera y entre las sombras aparecieron unos dientes blancos mostrando una sonrisa de la que salieron unas palabras que no comprendí, esta desapareció rápidamente de mi vista.

Creo que me dormí ya que me desperté al sentir algo enroscarse en mi pierna, miré hacia abajo: era una serpiente de ojos amarillentos intensos. Me sacudí con la intención de quitarla pero al no poder conseguirlo sentí las lágrimas acumulándose en mis ojos.

Pensé si mi madre o mi hermana estarían preguntándose en dónde estaba. Escuché un ruido y de golpe la soga que estaba en mis manos se esfumó, por lo que moví a la serpiente y la alejé de mí.

Cuando me levanté, noté que mi cuerpo estaba débil. Con la poca fuerza que me quedaba volví al bosque. Gotas de lluvia comenzaron a hacerse presentes. Me parecía extraño que aquella lluvia no me mojara.

## **Duplicación fantasmal**

Rodrigo Hormus

Al desaparecer Virginia con el fantasma a través del muro, perduraba la preocupación en su familia debido a que no aparecía. Mientras tanto, ella ayudaba al fantasma por el hecho de que se sentía solitario, además le gustaba mucho la idea de escaparse con él. Sin embargo, ella no sabía en quién estaba confiando y, menos, en que el plan que tenía él era convertirla en una fantasma porque le parecía muy atractiva y sería una buena compañía para el resto de su vida, en la que vivirían asustando a los próximos dueños del castillo de Canterville.

Esto podría realizarse a través de un conjuro situado solamente en el jardín místico. Tenía muchas probabilidades de que funcionara debido a que Virginia sentía lástima por la soledad que estaba pasando el fantasma. Además, nadie lo había mirado de esa manera, no con miedo o terror, sino comprendiendo por lo que estaba pasando y ayudándolo al mismo tiempo.

Al llegar al jardín místico se podía ver el pánico en la cara de la joven porque estaba mirando cosas que jamás había visto (almas perdidas, demonios, fantasmas), pero su acompañante la contuvo y le dijo que no tuviera miedo, que él la protegería. Ella no sabía el motivo de ese viaje y comienza a preguntárselo. Simón le dice que lo que planeaba hacer era convertirla en fantasma, que eso lo haría feliz y que su familia estaría bien sin ella. Al escuchar el significado de su destino en el jardín místico, se negó dado que a ella solo le daba lástima y quería ayudarlo, pero no convertirse en una fantasma. Prefería seguir con su vida, pero esto no era posible porque no tenían manera de volver al Castillo y Simón no quería devolverla porque quería lograr su cometido.

Entonces, se les presentó una oportunidad magnífica que podría salvar a Virginia, dado que en el jardín místico se encontraron con un demonio que le concedió el trato de regresarla a su mundo pero con la condición de entregarle un alma. Ella creyó que era la oportunidad perfecta, ya que no quería convertirse en una

fantasma quería darle un hogar al fantasma. Arregló un trato con él y automáticamente Virginia subió al castillo de Canterville donde su familia estaba preocupada por ella. Por otra parte, el fantasma logró conseguir nunca más estar solo pero con la condición de vivir eternamente ligado a un demonio.

## **El deseo de morir**

Tomás Irigoite

La pared se cerró a sus espaldas y Virginia se encontró atrapada junto al fantasma dentro de una gran habitación oscura y fría iluminada con antorchas medievales. Las paredes de la sala estaban decoradas con cadenas oxidadas y mohosas, similares a las que portaba el fantasma en sus brazos. Se respiraba en el ambiente el olor de la muerte, mezclado con humedad.

El fantasma guió a Virginia por la gran habitación que parecía ser un calabozo. Luego de llegar hasta el fondo de este, se toparon con una pequeña celda con una ventanita del tamaño de los dos ladrillos apilados, que contenía en su interior el cuerpo de un hombre encadenado a las paredes. Una terrible angustia se reflejó en la cara del fantasma. Al notarlo, Virginia preguntó a quién pertenecía ese cuerpo encadenado a la pared.

—Ese cuerpo me pertenece —dijo el fantasma tristemente—. Fui condenado a permanecer en esta celda por mis crímenes y frente a mí colocaron un plato de comida y agua, que me fue imposible de alcanzar, para que muriera de hambre como un perro atado en las profundidades del bosque.

—Yo te ayudaré —respondió Virginia tomándole la mano al fantasma.

Ella se arrodilló y juntó sus manos para empezar a rezar por el alma del fantasma, quien se había recostado al lado de su cuerpo observando cómo la joven lloraba por él y pedía a Dios que perdonara sus pecados. Por primera vez en 300 años, el fantasma de Canterville, tan temido por los mortales, sentía que tenía un alma amiga frente a él. Deseaba llorar pero no poseía lágrimas, deseaba gritar pero su voz fantasmal no se pronunciaba. Simplemente se mantuvo en silencio observando cómo esa dulce niña rezaba por su salvación.

A su vez, mientras Virginia avanzaba en sus plegarias, el fantasma se sentía cada vez más cansado, tantos años sin dormir y torturando a las personas que

ingresaban al castillo se hicieron sentir inesperadamente para Simón. Miró a su alrededor y detuvo la mirada sobre su cuerpo: sus cadenas, que colgaban de sus brazos, parecían duplicar su peso a cada minuto que pasaba, su brillo fantasmal se apagaba.

Con las pocas fuerzas que aún tenía, metió su mano dentro del pantalón de su cadáver, y del bolsillo tomó una pequeña cajita antigua, deteriorada por el paso de los años estando oculta dentro de esa húmeda celda. Dentro de la caja se encontraban joyas medievales de gran valor e indiscutible belleza. El fantasma abrió la caja y miró las joyas con el mismo gesto de quien se despide de un ser querido para siempre.

Cuando Virginia terminó de rezar, vio que el fantasma luchaba contra el cansancio que le cerraba lentamente los ojos. Se acercó a él y le tomó la mano.

—Ten esto, Virginia —le entregó la cajita cuidadosamente—. Me has librado de trescientos años de sufrimiento. Por fin descansaré en paz por el resto de la eternidad en el jardincito de la muerte, donde la hierba crece alta y espesa, donde el ruiseñor canta toda la noche y donde la luna bajará su vista para ver finalmente mi tan esperado desenlace. Gracias, y espero que seas tan feliz en tu vida como me has hecho hoy a mí.

Lentamente, la figura del fantasma se fue difuminando en el espacio hasta desaparecer por completo. Luego de trescientos años, Sir Simón de Canterville logró encontrar la paz de la muerte.

## **Confundida**

Florencia Macua Zabala

La ensoñación excesiva es un fenómeno psicológico que permite a las personas soñar y estar conscientes de lo que sucede, creyendo que lo que experimentan es la pura realidad. Un hecho así, le daría miedo a cualquiera, incluyéndome.

Me encontraba durmiendo con mi hermana en nuestra habitación, cada una en su cama. Algo me despierta, era Agustina que quería ir al baño, pero tenía miedo. La luz del pasillo estaba encendida, me pareció innecesario acompañarla y le dije que fuera sola. Me sacó la lengua y me dijo que no iba a contar con su ayuda si, alguna vez, necesitara algo.

Corrió hacia el baño del fondo y a los minutos regresó. La miré y le dije: “Por tu falta de valentía, dormirme de nuevo no va a ser fácil, por eso tendré que apagar la luz del pasillo para que se haga justicia”. Rápidamente me amenazó con que iba a despertar a mamá si lo hacía, pero, luego se percató de que, si llegaba a hacerlo, solo conseguiría un sermón de una madre enojada por el horario.

Entre las amenazas de mi hermana y mi deseo porque se callara para ver si conseguía dormirme, escuchamos pasos. Provenían de la puerta principal de entrada. Le pedí a Agustina que se callara para saber si era solo mi imaginación, pero no. Me pareció raro porque mamá estaba durmiendo en la habitación del fondo, y papá se había ido a atender un reclamo por el trabajo.

Mi hermana, también los había escuchado y temblorosa se tapó con las frazadas. Decidí levantarme a ver si había alguien. Me acerqué al pasillo iluminado, la puerta de entrada estaba abierta. La volví a cerrar y fui al living. Estaba todo oscuro y no encontraba la llave de luz, susurré el nombre de mi papá, pero nadie contestó. Detrás mío, apareció Agustina. Con una linterna de juguete alumbramos nuestro alrededor.

Le dije a ella que despertara a nuestra madre. Salió corriendo por el pasillo y me dejó a la luz de la linterna. Fui hacia el comedor en busca del teléfono. Pero...escuché la puerta abrirse.

Pensé que nuestro papá nos estaba jugando una broma después de trabajar. Fui por mamá. Cuando llegué al pasillo, vi a dos hombres encapuchados saliendo de mi pieza. Tenían a mi hermana llorando. Le habían tapado la boca para que no gritara. Me escondí en la oscuridad. Caminé agachada hasta la habitación de mamá. Tal vez le habían hecho algo a ella, o aún peor, se la habían llevado.

Sin embargo, la encontré durmiendo. La desperté y entre lágrimas le expliqué que unos ladrones habían entrado a la casa y se estaban llevando a Agustina. Desinteresadamente me respondió:

—Ah bueno, no importa. Andá a dormir.

Escuché la puerta cerrarse y mis ojos se abrieron, finalmente.

## **Un perfume que no se envasa**

Florencia Malazotto

Tarde muy tarde, tenía que estar a las 13hs en el colegio y mi tía trataba de despertarme, comenzó delicadamente a sacudir mi hombro pretendiendo que me levante y logre poner mis pies en el suelo, al no obtenerlo decidió llamarme por mi nombre, cada vez su voz se agudizaba más y más. Alrededor de las 12hs se acercó a mí más.

—Florencia levantante, no podés estar ser así de irresponsable, ya tenés 15 años —me dijo enojada y con un tono de voz algo alterado por la desesperación que ocasionaba la falta de tiempo—. ¡Si no te levantás voy a tener que llamar a tus papás!

—¿A mí qué me importa? —mencioné con rabia por sus gritos y con desprecio—. Dejame en paz por favor.

Lo siguiente durante el mediodía fue muy tenso. No le quise mencionar ni una sola palabra, incluso cuando me preguntó cómo estaba la sopa de zapallo sabiendo que siempre respondía “de película”. Esta vez lo único que se escuchó fue el raspar de la cuchara por el plato.

Fui al colegio con mi enojo a flor de piel, pasaron las clases y mi estómago comenzó a hacer ruido, eso provocó que de camino a casa pensara en los mates dulces que tomaría con mi tía mientras jugábamos a las cartas, también como forma de tregua. Al llegar mamá y papá estaban muy preocupados buscando unos papeles del hospital. Busqué a la tía por toda la casa para encontrar esas risas de tarde, pero al preguntar por ella mis papás se paralizaron y pronunciaron: “La tía se cayó, pero está bien”. En ese momento sentí el perfume de ella en todos los lugares de la casa, pero ella no estaba en ninguno de ellos.

La tía se cayó pero nunca más estuvo bien acá en la tierra. Nunca más tomé mates dulces, nunca más tomé sopa de zapallo, pero sobre todo aunque guarde su frasquito de perfume, nunca más sentí su aroma por toda la casa.

## **Si no despierto**

Pilar Martínez

Les voy a contar una historia, no muy linda pero capaz que cautivante. Hace unos años, me encontraba en una habitación con paredes blancas llenas de cuadros de colores, una casa de campo, donde mirar por la ventana hacía que el resplandor del

sol cierre mis ojos y el olor a tierra fresca se sienta con un solo respirar. Relajada y tapada leyendo un libro de medicina, la carrera que estaba estudiando. Era principios de abril, el calor arrasaba por mi cuerpo, haciendo caer gotas de sudor en la frente y el frío que se sentía en la punta de los pies, provocando erizar los pelos de ambas piernas.

Mi abuela, Ana, se encontraba en el piso de abajo, cocinando un rico guiso. Y de allí se escuchaba: “¡A comer Lucía! ¡Dale que se enfría la comida!” Al oír sus llamados, bajé de la cama, apoyé mis pies en el suelo, pero sentí un tirón por el medio de mis dedos, que me hizo marear de un momento para otro. Empecé a caminar hasta acercarme a la escalera que se encontraba a un costado de la habitación donde estaba. Bajé y enseguida, sentí cómo mi cuerpo comenzó a caerse poco a poco, sobre cada escalón. Esto provocó fuertes golpes en mi cadera y en mi columna. Mi abuela desesperada me llevó al sillón, me recostó y llamó a la ambulancia.

No había señal ya que nos encontráramos en medio de un campo. Ana, con tan solo ochenta y cuatro años, no tenía otro alcance que la ayuda de alguna persona, que sepa cómo despertarme o saber qué me ocurría. Luego de esperar, el sol bajabaseguía desmayada y no recibíamos señal de nadie, hasta que, pasadas las tres horas llegó un helicóptero de emergencias.

Me cargaron, subiéndome por las escaleras. La persona que me llevaba encima, vio como mi cuerpo empezó a tener reacciones secundarias y movimientos bruscos. Abrí mis ojos de par en par y dije: “¡No me dejen ir así! ¡No me dejen!”. El médico no entendía nada y pedía que se apuren porque podía empeorar. Luego de una hora de viaje, llegamos al hospital Venedrick. Me observaron y le explicaron a mi abuela que tenía una enfermedad llamada Síndrome de Cotard, más conocida como esquizofrenia. Debido a la gravedad y al no haber llegado a tiempo, quedé en coma. Dentro de mí, empecé a sentir confusión, dolor, el correr de la sangre por mis venas y como mi cabeza trabajaba por dentro para sacarme de este caos. Por dentro veía como una luz blanca me guiaba y la sigo sin saber a dónde me llevaría. Abrí mis ojos, pero no era yo, era mi conciencia saliendo fuera de mi cuerpo, viendo cómo me encontraba acostada, llena de cables, en la camilla de un hospital. Mi abuela al lado mío agarrando mi mano y llorando sin parar. En un momento le hablé y me sentí invisible como si no me viera y tampoco me escuchara.



Podía caminar, recorrer todo el hospital, gritar, romper cosas. Pero no había forma de que alguien pudiera verme, pasaban los días, lloraba y me sentía confundida. Me sentaba al lado de mi cuerpo, pero no me encontraba dentro de él. Me preguntaba una y otra vez ¿Por qué caminé hacia esa luz, sin saber qué había del otro lado?

Una mañana, desperté luego de haber dormido en la silla de la sala, escuché que el médico hablaba con Ana y le decía que, si no despertaba en las próximas veinticuatro horas, debían desconectarme. Ver las lágrimas caer de los ojos de mi abuela, y yo sin poder hacer nada para verla bien, me llenaba de bronca. En eso vi que frente a mis ojos se acercaba una doctora con un ambo celeste y me decía al oído: “¡Da todas tus fuerzas hoy y ahora como si nunca lo hubieras hecho!”. Agarré la mano de mi cuerpo y traté de enviar energía y fuerzas, para despertarme de una vez. Y no caer en la muerte eterna.

## **El viaje eterno**

Agustín Morales

La mañana comenzaba acompañada de un clima de calor intenso en la ciudad. Un tipo gordo, con la remera manchada y con aspecto poco formal y amable, descansaba plácidamente en una esquina dentro de su vehículo. Al rato se acercó una joven, vestida con una pollera floreada y una musculosa rosa clara, pelo lacio color cobrizo. Miró un costado del auto gris y maltrecho y se dio cuenta de la situación, pero no podía golpear la ventanilla porque tenía las manos ocupadas con unas carpetas y marcadores.

El hombre abrió sus ojos repentinamente, saludó de forma áspera, levantó los seguros y la chica subió. La muchacha le pidió que la llevara hasta su domicilio, él aceptó sin inconvenientes y puso la bajada de bandera. La situación se ponía intensa, el tipo no dejaba de mirar el espejo retrovisor mientras le expresaba sus quejas cotidianas del trabajo y su punto de vista negativo en la sociedad por las discusiones que se estaban llevando a cabo. La joven no le prestaba atención, miraba la nada desde la ventana para evitar algún tipo de altercado. Llegaron al lugar y, cuando estaba a punto de pagarle, el hombre le dijo:

—No te preocupes, eran solo unas cuadritas. A una linda piba como vos no le puedo cobrar. Pero eso sí, mantené esa figura, jaja —finalizó con una tos abrupta.

La chica bajó del auto rápidamente y se metió a su casa en un pestañeo. El hombre aceleró violentamente, riéndose al punto de tentarse, sacó un pucho y, mientras fumaba, conducía con la mano libre, como si fuera un campeón, como si tuviera la vida bajo control.

## **Muerte y paz**

Juan Manuel Olavarría

Lorenzo y Laura regresaron a su casa. Durante el viaje no hablaron. El joven no pudo apartar la vista del rostro de su hermana, en él había una tímida sonrisa y sus ojos reflejaban tranquilidad. Al llegar su madre y su padre los esperaban en la sala, sentados junto al fuego conversando sobre la gran fiesta que habían brindado. Al ver llegar a sus hijos la señora Sheridan expresó con gran entusiasmo:

—¿Y querida? —mirando a la chica prosiguió— ¿Entregaste la canasta?

—Sí mamá, la dejé en su casa con su esposa y su hermana —respondió Laura con la misma tranquilidad que mostró en el camino a casa.

—Me puedo imaginar su felicidad al recibirla, contanos ¿Qué te dijeron? —continuó su madre con el mismo entusiasmo, como si no recordara que hablaban de una familia que había perdido a un miembro importante.

—Querida eso no importa ahora —interrumpió el señor Sheridan—. Laura debe estar cansada, será mejor que vaya a descansar.

—Gracias papá —contestó la joven—. Iré a mi habitación a dormir un poco, fue un largo día.

En su tiempo allí no pudo dejar de pensar en lo sucedido, en cómo vio a ese hombre dormido, lleno de paz, de tranquilidad, soñando con todo y con nada. Ella jamás había pensado que un hombre muerto reflejaría eso, que la muerte reflejaría eso. No pudo quitarse ese pensamiento de la cabeza en ningún momento.

Llegó la hora de la cena y Laura no se presentó. Al principio su madre se impacientó, pero Lorenzo la convenció de que debía descansar aún más, por lo que no la buscaron y cenaron sin ella.

Tras comer la familia se dirigió a sus habitaciones lista para dormir. Entonces la joven salió de su cuarto y fue hacia la habitación de su hermano. Abrió despacio la puerta y, sin hacer ruido, entró y se sentó al borde de la cama donde Lorenzo

dormía profundamente. Lo observó durante horas. Veía su rostro, su postura, acercaba y alejaba su mirada. Intentaba ver algo, algo que no lograba ver. Fue entonces cuando el joven despertó, y asustado vio a su hermana sentada en la punta de la cama.

—Laura ¿Qué haces aquí? —preguntó preocupado.

—Quise venir a mirarte —respondió ella con frialdad absoluta—. Necesitaba ver la paz de nuevo.

—¿Paz? —siguió Lorenzo— ¿Qué paz? ¿De qué hablas?

—Paz Lorenzo, no es complicado.

Cada palabra que salía de la boca de Laura le causaba escalofríos a su hermano.

—Pero, ¿cuándo viste esa paz de la que tanto hablas?

—Con el señor Scott, cuando vi su cadáver —explicó la chica ante la pregunta.

—¿De qué estás hablando? —sin entender y sin poder creer la situación, seguía preguntando.

—Cuando llevé la canasta a la familia Scott, su hermana me llevó con el cuerpo y allí pude verlo, era algo hermoso.

—¿Cómo que hermoso? Necesitas dormir, lo mejor será que te vayas.

Laura obedeció lo dicho y se retiró del cuarto rumbo al suyo. El resto de la noche Lorenzo no logró dormir, lo que le había dicho su hermana lo dejó atónito y muy preocupado.

El día siguiente la joven no salió de su cuarto. Lorenzo le contó lo sucedido a su madre y a su hermana Josefina.

—Debe estar estresada —la justificó su hermana—. Imagínate a la pobrecita, tuvo que ver un cadáver.

—El visitar a esa gente sin dudas la alteró —dijo la señora Sheridan—. No debe regresar allí nunca. Lo mejor será que siga descansando.

Al llegar la noche Laura salió de su cuarto nuevamente, esta vez se dirigió a la habitación de sus padres. Como la noche anterior, entró en completo silencio y se sentó al borde de la cama. Durante unos minutos los observó, buscando esa paz de la que había hablado con Lorenzo, pero no pudo encontrarla. Con el correr de las horas se retiró y volvió a su habitación.

La joven no lograba entenderlo, ¿por qué no podía volver a ver esa paz? Esa paz absoluta que le transmitía una gran sensación de tranquilidad y de alegría. Llegó a la

conclusión de que la única manera de verla sería al observar un cadáver otra vez. No pensó nada más, lo único que hizo fue dormirse.

Despertó cuando todos ya se encontraban dormidos de nuevo. Se levantó de su cama y salió de su cuarto como las noches anteriores, pero en esta primero fue a la cocina y luego hacia la habitación de Lorenzo. A diferencia de las otras veces, no le importó ser silenciosa, caminaba por la casa como si fuera en pleno día. Entró a la habitación de su hermano y rápidamente fue hacia su cama y se lanzó sobre él. Fue entonces cuando Lorenzo se despertó y la miró fijamente sin decir una palabra. En ella no pudo ver a su hermana, solo vio a una chica que no sentía nada, que no se parecía a nada, sus ojos expresaban una enorme sensación de vacío y de frialdad. Por un momento el joven la miró desconcertado, luego vio la mano de su hermana... Allí fue cuando sintió miedo y luego ya no sintió nada.

Laura le cortó el cuello con la cuchilla que tomó de la cocina. Tras esto la chica se alejó un poco y, sentada en la cama llena de sangre, se quedó mirándolo toda la noche, sin importar nada más. Lorenzo estaba en paz, y Laura estaba feliz.

## **Yo no elegí mi destino**

Josefina Pajón

Otro día más que me levanto en este lugar despreciable. Nunca importa si es de día o de noche. Todo momento es un calvario acá dentro. No sé en qué fecha estamos, aunque da igual.

Me despierto y solo somos tres en la habitación. Faltan Julia y María, vaya uno a saber qué están haciendo y con quién.

Anoche vino Roberto, de vuelta como todos los días. Me tiene cansada, no quiero seguir con esto. Ojalá algún día las cosas cambien para mí y para todas.

Él llegó y trajo consigo sus frustraciones, tal así como ejecutivo de gobierno. Pero, ¿qué culpa tengo yo? Me tocó como quiso.

Siempre a su merced, indefensa, intentando parecer predispuesta a hacer lo que me dice. No siempre es malo. Algunas veces pasa tiempo con su familia, por lo que viene más tranquilo y quizás incluso hasta charlamos.

Aunque, esporádicamente es bueno, ojalá no venga hoy.Me desperté con menos ganas de vivir que ayer y, tal vez, con menos ganas que cualquier otro día. Este lugar te consume.

Nos trajeron la comida, si es que se puede considerarlo así. Regresaron María y Julia. Contaron lo que las obligaron a hacer y lo malo de su estadía.

Espero que cada día seamos menos las mujeres que lo sufrimos. También anhelo que en algún momento se tome dimensión de lo que en verdad pasamos y se haga algo al respecto.

Yo tenía una vida, una chica de 16 años con un futuro en mente. Me lo arrebataron como si no valiera nada.

Volvió Roberto, y más enojado que ayer. Al parecer le fue mal en el trabajo nuevamente y vino a desquitarse conmigo. Se puso violento cuando se enteró que estuve con otro hombre. Soy de su propiedad según él.

Yo solo quería que se vaya, que termine. Al parecer no estaba disfrutando. Comenzó a pegarme, por lo que sufría él. Cada vez más fuerte, nadie escuchaba. Ya no puedo defenderme.

Me desvanecí. No recuerdo en qué momento fue. Pero sí me acuerdo la imagen de ese hombre encima mío.

Un doctor dijo que tengo una hemorragia interna grave. No sabe si me voy a salvar. Y no lo hice, no tuve esa suerte.

Yo no lo elegí. Yo no quise esto. Nadie merece vender su cuerpo. Nadie lo elige porque le gusta. Mejor dicho, ninguna mujer.

## **El último domingo**

Valentina Pereyra

A Valentina le gustaban los domingos para estar al aire libre. Sentarse en el pasto con los rayos de sol que chocaban en su cara, acompañada de su novio o de amigos que tanto la hacían reír.

Su día preferido llegó, pero estaba pronosticado lluvia, por lo tanto, la joven decidió quedarse en su casa y pasar el rato con su madre, Bibiana.Valentina

despertó y sintió aroma a tostadas, lo que provocó que se levantara. Se paró y su cuerpo se volvió inestable y los mareos no ayudaron. Llamó a su mamá.

Bibiana le llevó el desayuno a la cama. La joven comió todo lo que le había traído y muy contenta abrazó a su mamá.

—¡Quérico, vos sabés lo que me gusta! —dijo Valentina.

La madre asintió con la cabeza, y con su mirada conmovida se retiró de la habitación. Valentina decidió quedarse un rato más en la cama, ya que seguía débil.

Pasaron las horas, y se quedó dormida nuevamente. De repente, despertó exaltada, transpirada y con ganas de no estar en ese lugar. Trató de levantarse, pero su cuerpo no se lo permitió. Había tenido un sueño poco común, que la dejó pensando. Soñó con su madre.

A la hora de almorzar, Bibiana fue a despertar a su hija, esta se había quedado dormida otra vez. La tocó y no se movió. La joven se quedó dormida eternamente, tal como lo había soñado.

## **Asesinado y muerto dos veces**

Amparo Pinal

Desde el momento en que abandonamos el salón de los tapices, Simón, sostuvo mi mano firme y persistente, transmitiéndome confianza. Caminamos por un pasillo húmedo, frío y oscuro hasta chocarnos con una puerta. Al abrirla, entramos a una habitación pequeña y baja.

“Este era mi cuarto hace 300 años, cuando vivía aquí con mi esposa. Debido a las reformas que sufrió la casa en este tiempo, se construyeron nuevas habitaciones. Esta quedó abandonada y casi escondida”, me explicó el fantasma.

En ella se disponía una cama muy amplia, como para tres personas. Alrededor había diseños antiguos y se encontraba realmente sucia; el polvo y las telarañas cubrían la totalidad del mueble.

Simón, con un tenebroso gesto, me invitó a sentarme en la cama, y pasamos el resto de la tarde ahí, conversando. Nuestra charla pasó de viejas anécdotas, a un tono más íntimo, abarcando temas sexuales, generando grandes e incómodos silencios.

En ese momento, nos encontrábamos recostados, uno al lado del otro. El viejo fantasma dispuso su cuerpo encima de mí con forzados movimientos. Intentó quitarme la ropa, mientras me besaba violentamente. Me encontré encerrada e inmóvil, por unos instantes, hasta que pude librarme de su beso e intentar defenderme.

Mis impulsos y la adrenalina de la situación me llevaron a tomar lo primero que se cruzó en mi vista: un adorno pesado de hierro. Cuando Simón intentó volver a saltar encima de mí, me vi obligada a actuar y golpearlo en la cabeza con el objeto. Cayó sobre la cama, y alucinando, intentó articular una serie de palabras que no logré comprender.

Me mantuve paralizada contemplando mi obra por unos momentos, hasta que me recuperé e intenté salir de allí, retomando el camino por el que habíamos venido. Pero antes, debía cobrar venganza, como si esto fuera poco.

Había sobre la mesa, un pequeño cofre que guardaba joyas preciosas y, al parecer, costosas. Decidí tomarlas como parte de pago por todas las veces que el fantasma nos había asustado.

Lo siguiente que hice fue dirigirme al pasillo que habíamos usado antes, hasta encontrarme nuevamente en el salón de los tapices. Noté que ya era de noche por la oscuridad reflejada en el afuera y a través de la ventana. Fui hacia la sala de estar, y allí, encontré a toda mi familia y a un par de criados, quienes me recibieron con alegría y alivio, después de haber estado desaparecida durante toda la tarde.

## **Querer ser**

Malena Prieto

Fue un día distinto para Laura. Esa noche no paró de pensar. Había descubierto un mundo diferente. No podía creer todo el tiempo que había perdido.

La traición y el engaño de su familia estaban tapados por la inocencia de Laura. Volverse autocrítico tiene su lado bueno y ella lo encontró. Le impusieron lo que estaba bien y mal, también cómo vestirse y qué pensar. Se dio cuenta de que su vida, en realidad, era de su madre.

Después de haber ido, obligada, a lo del vecino fallecido con una canasta para sus familiares, entendió todo. No pasó un buen momento, se sintió expuesta.

Comprendió que no había estado bien de su parte. Ahí fue donde cuestionó a su madre.

Luego de sentar cabeza, comenzó a ser ella e hizo cosas por su propia cuenta. Una nueva joven, rebelde, floreció ante la dictadura de la madre.

Quería conocer más y se escapó por las noches para charlar con la familia del difunto. A partir de ahí, emergió una vida paralela. Se relacionó con lo nuevo, lo desconocido. Se despidió de la vestimenta poco cómoda e, incluso, se hizo llamar por otro nombre. Era una identidad distinta a la que le había construido su madre. Pero aquellos momentos donde era ella misma, tenían fin cuando volvía a su casa.

## **Insomnio**

Jerónimo Pujol

Invierno. Once de la noche. Mi familia duerme por lo que soy el último que queda despierto. El sueño llega y la necesidad de dormir se hace inevitable. Junto la mesa, lavo los platos, apago las luces, controlo que las puertas del patio y la calle estén cerradas, pongo la alarma de la casa, me lavo los dientes y finalmente me acuesto. Reviso por última vez el celular, pongo la alarma, lo apoyo sobre la mesa de luz, recuesto mi cabeza sobre las almohadas e intento dormirme.

Doce de la noche. El insomnio se presenta de nuevo. Fuerzo mis ganas de dormir, pero fracaso. Empiezo a repasar lo que hice en el día pero todo se resume rápidamente, la rutina mata a la creatividad. Deambulo por la casa en busca del primer bostezo honesto que me invite a dormir, sin embargo nunca lo encuentro. Resignado vuelvo a acostarme intentando amigarme con la cama y que esta me deje descansar, esta vez parece que gano yo.

Una y media de la mañana. El insomnio asoma nuevamente pero esta vez se siente levemente distinto como si mi cuerpo estuviese demasiado liviano. No hago caso y sigo intentando dormir. La inquietud se hace mayor y mi desesperación por saber lo que pasa es incesante. De pronto, escucho un ruido en la oscuridad de mi cuarto, es la voz de mi madre que parece acercarse. La luz del pasillo se prende y entonces es cuando lo veo, me veo. Flotando sobre mi cuerpo. Llamándola pero sin que me oiga. Ella deja ropa, cierra la puerta y se va. Mi ansiedad aumenta, mi angustia es incontrolable. Intento abrir la puerta para advertirle, pero mi mano traspasa el



picaporte y, así como está, mi cuerpo traspasa la puerta. Decididamente estoy muerto. Mil preguntas y afirmaciones se me vienen a la cabeza pero la necesidad de encontrar paz es mayor. En eso escucho la puerta de la calle abrirse, mi madre se estaba yendo. La persigo y no la alcanzo, cierra la puerta y la traspaso, le grito, pero no me oye. Se sube al auto y mi destino parece definido. “Me quedo así para siempre”, pensé.

Resignado me dirijo a mi habitación. Llegó el momento de enfrentarme a mí mismo. Paso a través de la puerta y mi asombro es cada vez mayor, no me encuentro con nada. La habitación está completamente vacía, mi cuerpo ya no estaba. Me doy vuelta y las paredes se empiezan a desprender, la puerta desaparece, intento aferrarme pero no lo logro. Todo se vuelve blanco e infinito, no hay principio ni final. Mi desesperación por saber qué pasa se esfuma ya que es en vano preocuparse, el final de mi persona está cerca.

Sin tiempo ni espacio me encuentro con mi nueva realidad. La angustia desaparece y la ansiedad también, lo único que queda deambulando son un sinnúmero de pensamientos y de recuerdos que me permiten hacer una especie de catarsis de mi vida. Sin nada a mí alrededor, lo previsible sucede, empiezo a desaparecer. Pese a tenerlo asumido, mis temores vuelven. Comienzo a esfumarme de abajo hacia arriba y mi angustia retorna. Primero desaparecen mis pies, mis piernas, mi torso, mis brazos y, luego, mi cuello.

Llegó el momento del final, grito pero mi boca ya no está donde solía estar ¿O son mis orejas las que desaparecen? Percibir lo que sucede se me hace imposible. Por último queda mi cabeza, mi psiquis, lo que me define como persona y me diferencia del resto, lo que en definitiva me hace único. Cierro los ojos sin saber qué esperar o peor sin saber si los voy a volver a abrir. Y allí me encuentro despertando de mi sueño por la alarma como si nada hubiese pasado, sabiendo que el insomnio no estuvo y disfrutando del placer de que lo vivido solo fue una pesadilla.

## **El poder de mi mente**

Betania Crisjedi Quevedo González

¿Alguna vez has sentido que te encuentras en un cuarto oscuro y no tienes ningún tipo de salida? Esa ha sido una de mis peores pesadillas, el sentir que estoy en un

lugar desconocido, donde me es difícil tratar de definir cómo me siento, cómo me encuentro o, en el peor de los casos, quién soy. A esas sensaciones las he llamado ansiedad, pues descubrí que en algunos momentos mi mente puede jugar en mí contra y ahí es cuando experimento eso que me genera tanto miedo e inseguridad. Tratar de luchar, día a día, con mis pensamientos es una batalla en la que no siempre resulto ser la ganadora. Puedo recordar perfectamente la primera vez que fui su víctima. Estaba lista para dormir, pero ella no me iba a dejar descansar tan fácilmente. Comencé a pensar qué quería para mi vida en unos años e incluso en eso que tampoco quería. En ese momento, lo primero que llegó a mi mente fue si estaba haciendo bien las cosas o simplemente estaba en el camino equivocado.

La oscuridad y el estar sola me hicieron sentir vulnerable y pude experimentar una corriente de escalofríos por todo mi cuerpo que a su vez me hacía temblar. Fueron sensaciones que jamás había experimentado en mi vida, pero estaba pasando y tenía dos opciones: dejar que me dominara e hiciera conmigo lo que él quisiera o reconocerlo y hacerle entender que conmigo no podría, que a pesar de todo lo que sentía yo era más fuerte que él.

Después de una noche de batallas con mis pensamientos desperté agotada tanto física como mentalmente. Me fue duro realizar mis tareas diarias de ese día. Deseaba no volver a pasar por eso, pero en ocasiones es necesario tocar fondo para que nuestra luz vuelva a encenderse. Fue entonces, cuando ese episodio se repitió. En esa oportunidad, el causante fue el temor de sentir que la muerte podría llegar a mis padres, lo que generaba en mí cierto pánico al saber que no podía hacer nada por encontrarme tan lejos de ellos. No salía de mi cabeza la idea de no poder darles un último beso o abrazo y un último adiós.

Estoy segura de que estas preguntas no solo me las debo hacer yo. Cualquiera que esté lejos de su familia, en algún momento, tiene esos pensamientos y el tratar de buscar respuestas es lo más difícil de todo. Esa segunda vez fue un tanto parecida a la primera en cuanto a las sensaciones que experimenté, con la diferencia en que supe desde el primer momento reconocer lo que me estaba ocurriendo. Pero los protagonistas de estos pensamientos eran mis padres y fue más difícil deshacerme de ello, aunque luego de llorar por un par de horas logré sentir alivio. En ese momento descubrí que llorar me ayudaba a liberar.

Después de ambas experiencias, no siento haber vuelto a ser la misma persona. Ahora soy un poco más cuidadosa cuando de mis pensamientos se trata. Caer de nuevo en el mismo hoyo no está en mis planes y, aunque en ocasiones siento que pierdo el rumbo, no tardo mucho en volver a pisar tierra. He aprendido a vivir un día a la vez, sin desesperos y siempre disfrutándolos al máximo. Hoy estoy, pero quién me asegura que mañana sea de la misma manera. Por eso día a día me repito: ¡vive y sé feliz! Lo demás llegará a ti cuando tenga que llegar. Una vez mi padre me dijo: “del apuro solo queda el cansancio, hija” y en estos momentos es cuando puedo entender el significado de esas grandes palabras.

### **Traición en tiempos modernos**

Santiago Ramos

Era un lunes a la mañana, y yo me despertaba para ir al colegio. Mientras me levantaba de la cama, cepillaba mis dientes y realizaba toda mi rutina, mamá preparaba el desayuno para que lo tomáramos juntas antes de que ella me llevara al colegio y se fuera al trabajo.

Entraba siete y media, pero me colgué tanto hablando que llegué media hora tarde. Entré a la clase de biología y, como todos los días, me senté junto a Meli, mi mejor amiga.

Sonó una campana que nos indicaba que era el momento de salir al recreo. En ese transcurso nos llegó a ambas una notificación de Instagram. Nos había empezado a seguir una cuenta (“@exponiendoIMB”) que publicaba rumores o chismes de gente del colegio, enviados por los mismos alumnos aunque la publicación era de forma anónima.

Estaba tranquila, sabía que no publicarían nada sobre mí, ni rumores ni ningún chisme que se les ocurriera. Me considero una adolescente bastante tranquila en ese sentido. No soy una de las chicas populares del colegio, es más, soy una de las más tímidas de mi clase. Era la hora de volver al salón y una compañera me mostró su celular.

Habían hecho una publicación sobre mí. Pero no era ningún rumor, era más que eso. Habían difundido fotos mías desnuda, que yo le había mandado a un chico del colegio con el que me hablaba unos meses atrás. Me sentí avergonzada. Todos mis

compañeros —y seguramente toda la escuela— en cuestión de segundos me habrían visto de esa manera. Indefensa, sin poder hacer nada. Solo podía denunciar la foto ante Instagram para que la bajaran de ahí, pero hasta que eso sucediera ya habrían pasado horas y sería muy tarde.

Llamé a mi mamá por teléfono y le dije que me sentía mal de la panza para que fuera a retirarme. Solo quería estar en casa, en mi cama, toda tapada con frazadas, sin que nadie me hablara. Fui traicionada y expuesta ante todo mi ámbito social y no tenía a dónde ir.

### **Buenas obras y nuevos sentidos**

Fiorela Del Carmen Rengel Delgado

Virginia, con sus cabellos rubios que la caracterizaban y su mirada angelical, vio fijamente al fantasma, inhaló profundamente y tomó su mano. Después se introdujeron en esa caverna oscura que apareció en el salón. Al entrar, el viaje fue más rápido de lo que esperaba. La velocidad superaba a la de mil caballos galopando a toda marcha. Sintió que iba muy veloz pero, a su vez, vio en esa oscuridad destellos de luz, como centenares de estrellas en una noche de verano. Todo se detuvo, sin embargo siguió flotando. Al voltear su rostro, el fantasma no estaba, solo había tres niñas iguales a ella. Era como verse en un espejo, sabía que era ella, aunque traían ropa distinta y eran extrañas, parecían disfrazadas de otra época. Las niñas dieron un paso al frente y al unísono dijeron:

—Hola, Virginia. Sabemos que esto puede ser una experiencia poco placentera, pero sí, todas somos una. Felicidades, has cumplido la profecía, a partir de ahora darás luz a los restos de un alma que ha pasado 300 años en desdicha.

—No entiendo, ¿moriré?

—No, tranquila. Suena complicado, pero entre la vida y la muerte hay un hilo muy delgado y muy peligroso. Esperamos que hayas disfrutado tu visita.

Virginia se quedó helada, ni en sus peores pesadillas se imaginó algo así. Quería una buena explicación. Del más allá apareció el fantasma, y la niña, con una palidez que describía su desesperación, le exigió:

—Necesito una respuesta. ¿Qué es todo esto? Solo he venido a liberarte.

—No te alteres, querida, ellas son las tres tú de tus vidas pasadas. Estaban esperando este momento para que la profecía se cumpliera.

Aunque no era creíble, en ese instante entendió lo especial que era. El fantasma le contó que en sus otras vidas siempre ayudó a alguien sin saberlo. Antes que pudiera continuar, la niña, con un grito imponente, exigió volver con su familia. Sintió pena al pensar en su madre llorando porque a su adorada hija se la había tragado la tierra.

A pesar de la petición poco educada, el fantasma, por primera vez en muchos años, tenía una sonrisa en el rostro. Entendió el miedo de la pequeña así que se arrodilló frente a ella y le dijo: “no me queda más que agradecerte, aunque se me revuelvan las entrañas al hacerlo. Solo te pido que de vez en cuando me visites y, lo que has visto hoy, llévatelo a la tumba”.

La niña, perturbada, giró la cabeza y lentamente vio cómo se desvanecía el alma de Simón. Solo quedó una cortina de humo y un eco del adiós. Cerró los ojos y, en medio de una vorágine de emociones, apareció en la sala de su casa. Se fue a su habitación y al día siguiente la despertó el abrazo de su madre, feliz por haberla encontrado. Preguntaron dónde había estado y solo supo decir: “ayudando a Simón a ser libre”.

Virginia le mostró a su familia la habitación escondida del fantasma donde yacían sus restos y, abrazando a su prometido, soltó un mar de lágrimas. Al calmarse reunió a todos en la sala y con una voz muy seria explicó: “después de innumerables experiencias, en esta casa he encontrado un nuevo sentido a la vida y un gran respeto a la muerte. Gracias a ustedes he aprendido que el amor va más allá de todo, incluso más allá de la muerte. Los quiero, familia”.

## **Cangrejo**

Delfina Rodríguez

Me levanto de una siesta que no recuerdo haber empezado, inmediatamente miro hacia a la ventana y sé que son las cinco de la tarde aunque afuera está casi atardeciendo. Salgo de la cama y camino al balcón, me apoyo sobre la baranda del costado derecho y me siento confundida. Estoy sola en casa y la ciudad se

encuentra silenciosa como mi pueblo a la hora de la siesta, un silencio que extraño. No sé qué día es y tampoco sé qué me ha pasado en las últimas semanas, pero sé quién soy y conozco mi historia. Me extraña haber dejado todas las ventanas y persianas abiertas, tampoco sé cuánto tiempo estuve dormida pero el departamento frío me hace pensar que fueron muchas horas.

Recorro las habitaciones en busca de alguna respuesta al vacío que siento, es un sentimiento que no sé de dónde proviene y del que no puedo despegarme. Presiento que me voy a sentir así un tiempo y quiero curarlo pero no sé cómo. Busco el celular, pero no tengo ninguna notificación. De repente ya son las ocho y se está haciendo de noche, me olvido de prender las luces por lo que cada vez veo menos. Vuelvo al balcón y busco a mis vecinos en las ventanas pero no hay nadie, me duele la nariz y tengo los ojos lagrimosos porque ahora siento miedo y la tristeza se vuelve cada vez más fuerte.

Mis pies están helados, pero sigo afuera y descalza, observo el cielo delante mío y ahora veo su cara. Reconozco los lentes y su mirada fría e indescifrable que tanto me duele, sin embargo, su cuerpo siempre está más caliente que el mío. Veo su cara que también me mira pero sé que él no está ahí, sé que es mi imaginación que ahora me hace extrañarlo y querer que sea real.

Es real porque me acuerdo de las veces que nos vimos y las cosas que me dijo. Me siento insatisfecha desde el principio porque siempre quise que fuera mío y nunca lo fue, y si lo fuera estoy segura que sería capaz de eliminar este vacío.

Me acuerdo de palabras que no quise leer ni escuchar, reacciones que quiero olvidar, me doy vuelta para dejar de mirarlo y cuando entro al departamento me encuentro caminando repetidamente las mismas baldosas. Mi cara se frunce y el pecho me duele porque respiro más fuerte.

Ahora siento que el océano sube y está por llegar al quinto piso y alcanzarme, se me acaba el tiempo y no quiero ahogarme. Ya me he sentido así muchas veces, sé que llega un final del que no puedo escapar. Encuentro un hueco entre la cama y un mueble y me meto como buscando refugio. Me duele tanto el corazón que comienzo a llorar como nunca lo he hecho pero no soy capaz de emitir ningún sonido. Mis lágrimas no me dejan ver y cuando me quiero frotar los ojos me doy cuenta que mis manos son pinzas de cangrejo. El océano ya casi me aturde pero ahora no le tengo miedo.

Dejo de llorar y se siente como si todos mis sentimientos hubieran abandonado mi cuerpo, a mi costado hay un cuchillo de cocina que no había visto pero no cuestiono su aparición.

Mis manos volvieron a la normalidad y decido ponerle un fin a todo esto, agarro el cuchillo y lentamente apoyo la punta sobre la piel que recubre mi corazón. Mi último sollozo se siente como el más triste y esta vez sí se escucha. Hago presión hasta que atravieso completamente el órgano, sus líquidos fluyen dentro y fuera de mi cuerpo y siento el ardor. Miro el hueco y me pregunto qué pasa, se supone que ahora se termina. El océano sigue subiendo y pequeñas olas hacen llegar agua a mi balcón. El vacío no se curó.

### **Tortura repentina**

Tomás Ruiz

Un día, dos días, tres días, una semana, dos semanas, un mes, dos meses, tres meses, un año. Usted podría pensar que estoy loco, o tal vez no, pero yo no se lo voy a negar.

Una mano negra recorría mi cuerpo totalmente estático, erguido, en posición horizontal y sin poder moverlo hacia ninguna dirección, con cadenas atadas en todas mis extremidades, ya no podía sentir las. Ni mis pies ni mi mano. Solo podía sentir el dolor que me provocaba esa mano negra, y que me generaba el sufrimiento más grande de toda mi vida.

Observaba a mi alrededor días y noches, noches y días. Por las mañanas, un rayo de sol ingresaba por un ventanal pequeño que solo duraba pocos minutos. Eso me avisaba que ella venía, todos los días, 480 respiraciones después. Se posaba sobre mí y me hacía doler, qué sabía que me molestaba. No por mis palabras, ya que si llegaba a pronunciar una, lo peor podía pasarme. Las partes de mi cuerpo ya estaban acostumbradas. Perdieron la sensibilidad a lo largo del tiempo producto de la tortura. Mi cuello estaba devastado.

Recuerdo la segunda vez que comenzó a hacerlo. La primera me despertó. Sentía la desesperación de no saber dónde estaba. En ese momento mi mano temblaba, me sudaban los pies y el estómago se me revolvía por dentro como por fuera. Me mostraba las armas con las que cometería tal abominación. Cuando las apoyó

sobre distintos sectores de mi cuerpo comencé a gritar, a patear y a maldecir a todo lo que se cruzaba por mi mente. Solo lograba empeorarlo, cada vez era más y más la sensación de odio y exasperación que me corría por dentro. Tanto, que aprendí a callarlo. Se detuvo cuando deje de gritar, cuando yo paraba, ella también. Pasaban los días y siempre a la misma hora aparecía, mortal para su disfrute personal y mi tortura por la mañana. No podía comprender cómo una mano, sola, suelta, desprendida de un brazo lograba generar el disgusto mayor de mi vida. Hasta que un día desperté con ella acechando, pero esta vez, reí. “¡Por fin te levantas, papá! hace tres horas te estoy haciendo cosquillas”. Eso explicaba muchas cosas.

### **Su muerte y su gracia**

Martina Salva

Sabía que su miedo no era en vano. Nunca imaginó verse con un vestido en un cajón de maderas tan corta edad. Ver a su mamá llorando de un lado y a sus hermanos consolándose del otro. Pero, de todas formas, una desgracia era de esperarse.

Como maestra de la institución en la que Martina estudiaba, protegí tanto de ella como de mis demás alumnos, como si fueran mis hijos. Tuve cientos de reuniones con los directivos, representantes legales y hasta con el intendente de Berisso, pero no sirvió de nada. Nunca pusieron en condiciones el aula n° 15 de nuestro colegio.

Las paredes, originalmente blancas, se volvieron verdes por la humedad del salón. Del techo sin pintar caían chispas de cables pelados, cables que colgaban entre las cabezas de mis niños. Pero estos detalles no eran el mayor problema, nada comparaba al ventilador del techo. Era lo más antiguo que conocíamos.

En la escuela, los chicos se divertían divulgando que la misma fue edificada alrededor de él, porque el ventilador ya estaba ahí. Eran muy graciosos y nos reíamos de esa idea. Qué triste.

Un martes me tocó tomarles evaluación de Biología. Ese día fue cuando tuve que ver cómo ese ventilador impactaba sobre la cabeza de Martina. El ruido de las hélices de chapa al caer alertó al colegio completo. Pasó todo muy rápido. Los niños lloraban, los directivos buscaron la ayuda de emergencias y yo me



encontraba como ahora: sosteniendo mi café, sin entender por qué le había pasado a ella ¿Por qué tenía que suceder una tragedia en la escuela? ¿Había sido un accidente aunque pudo evitarse?

Mis dudas no se aclaraban. Tampoco hoy: el día del funeral de Martina, víctima de un miedo que terminó con su vida. Hoy jueves la temperatura alcanza los 40°, lógicamente nadie quiso prender el ventilador de la funeraria.

## **La luz al final del túnel**

Martin Tarsia

Recuerdo que pasó un domingo, después de estar viendo hasta tarde videos de terror y teorías conspirativas en diferentes canales de YouTube. Me fui a dormir porque no me daban más los ojos y la cabeza. Entonces soñé que corría de un pasillo a otro y, cuando me daba cuenta, ya estaba en los pasillos de la primaria donde estudié toda mi niñez. En ese momento noté que lo que pasaba no era real y comencé a decirme a mí mismo que tenía que despertarme, ya que, la mayoría de las veces, soy consciente cuando sueño algo extraño o paranormal.

Logré despertar, pero no estaba en mi pieza. Aparecí en una casa con habitaciones y pasillos muy raros, bastante tétricos, y comencé a ver sombras que luego se convertirían en espíritus de familiares cercanos. Bajaba y subía las escaleras corriendo. Salía de las habitaciones y no lograba ponerme a salvo, en todos lados veía esos espectros. De repente aparecí de nuevo en la primaria. Lo supe de inmediato: otra vez estaba soñando. Estaba en un sueño dentro del otro y solo quería despertarme. Esta vez me costó más trabajo, pero pude hacerlo.

Desperté, pero abrí los ojos en mi pieza y me veía a mí mismo durmiendo. Estaba ahí, acostado con tranquilidad en la cama, cuando noté algo increíble: tenía el pelo de otro color y además parecía tener un suero al lado de mi cama. Razoné y me calmé sabiendo que solo era un sueño. En esa situación ya estaba completamente asustado sin saber qué pensar, creí que estaba muerto y por eso podía verme. Hice mi último intento por despertarme, me costó un montón. Cuando por fin, de una vez por todas, lo logré, me llevó tiempo saber si ya había despertado, si seguía soñando o si me había muerto y continuaba sin darme cuenta.

Después de ese suceso decidí contarle a mi familia lo que me había pasado, pero pocos me creyeron ya que era imposible para ellos llegar a soñar tres cosas a la vez en una misma noche. Hasta el día de hoy, tampoco entiendo cómo sucedió. Además tampoco tiene mucho sentido pero así son los sueños, ¿no?

## **Milanesa**

Jeremías Theriano

El sabor de las milanesas, la salsa de tomate y el queso derretido, la textura crocante, lo salado. El postre, las uvas, su interior jugoso, dulce y las semillas molestas.

Todo esto me hacía sentir motivado, feliz, sin preocuparme en el por qué o en el cómo. Esperaba por esto todo el día, después del cansancio que me provocaba mi alrededor el que, en ese momento, me parecía agotador.

Nunca fui consciente del costo, de quién cocinaba, de cuáles eran sus acciones, su ideología. Solo me enfocaba en el rico sabor del queso, empapado sobre la salsa de tomate y la costra de pan rallado que envolvía a la carne. Me mantenía y me hacía parte del lugar, sin cuestionar, me quedaba ahí, no por hambre, sino por el amor a la milanesa.

El tiempo corría discontinuo, era efímero, hasta la milanesa. Perdía el interés por todo, no sabía hacia dónde me dirigía. Solo quería la milanesa. Fue en ese momento en que me percaté.

El costo de la milanesa era muy alto, implicaba transformarme en alguien que no quería. Me introducía donde no pertenecía. Se me culpabilizaba por estar confundido.

Fue difícil terminar con el amor hacia la milanesa, por más rica que fuera, no valía pagar el precio de renunciar a mí mismo. La milanesa me estaba convirtiendo, pero no pudo conmigo.

## **¿El gran final?**

Agustina Torres Molina

—¡Villefort! El bastardo de Edmundo escapó —. Comentaba Danglars entrando en la habitación.

—¿Cómo que escapó? Si tengo a mis mejores hombres a su cuidado, debe haber un error —le contestaba Villefort sorprendido.

—¡Patrañas Villefort! Tus soldados lo tiraron al mar pensando que era ese cura viejo y nefasto. Si no me crees compruébalo tú mismo —repuso Danglars con enfado.

—¿Cómo es posible que ocurran estas cosas bajo mi mando? Quiero a todos los soldados recorriendo el mar ¡Ya! Me lo traen vivo o muerto —gritaba él saliendo de la habitación.

Edmundo, cuando por fin llegó a su lugar de destino, lo primero que hizo fue buscar alimentos y ver si había otras personas en esa isla. Había estado nadando toda la noche y le hacían falta energías, por eso quería comer y dormir antes de idear un plan.

En su indagación por el territorio se dio cuenta que esa era la isla del mapa que había visto anteriormente, comió frutas que encontró en un árbol y decidió tomar una siesta para comenzar con la búsqueda más tarde.

Edmundo despertó con un golpe en la cabeza, al levantar la vista se encontró con Danglars apuntándolo con la espada:

—¿Así que pensabas que podías escapar, tonto Dantés?—le comentó Danglars con una sonrisa espléndida en su rostro.

—Y lo hice —replicó.

—Esto te va a salir muy caro —gritó Danglars amenazándolo con su espada.

Edmundo se levantó del suelo, avanzó sobre su enemigo y le quitó la espada. Con ella le cortó su cuello, dejándolo caer sobre el suelo para morir. Se llevó la espada y continuó con la búsqueda del tesoro.

Horas después, encontró bajo una lona una caja cerrada, al fin se topaba con lo que buscaba. Al abrirla halló las pruebas que servían para demostrar su inocencia. Guardó todo en la caja y decidió nadar hasta la ciudad más cercana. Allí pudo presentar las pruebas ante los jueces y fue liberado de los cargos.

## **Noche de silencio**

Melany Trejo

Se encontraba desorientado, agitado porque estaba corriendo pero no sabía cuánto con exactitud, le dolían las piernas pero la adrenalina que sentía no le permitía pensar en eso. Estaba nervioso, una persona lo estaba persiguiendo, no podía visualizar si era un hombre o una mujer, solamente veía la silueta del desconocido. No tenía idea de quién podía ser y por qué lo seguía a él. Tampoco entendía por qué la persona parecía estar cerca si estaba corriendo rápido, pero aun así lograba verla detrás de él. Las calles se le hacían infinitas, justo que estaba en peligro no había nadie afuera. La ciudad parecía desierta.

Dobló en una esquina y no vio más la silueta extraña, estaba temblando, la sensación de estar afuera tan expuesto al peligro le daba terror. De pronto, escuchó voces, un grupo de gente pasaba, eran cuatro personas y lo extraño que lo estaba siguiendo iba detrás de ellos. Seguía sin poder distinguirlo, seguía viendo la silueta. Intentó gritar, quería advertirles, pero no le salía nada hasta que en el medio de la oscuridad se oyó un grito. El grupo de personas se dio vuelta y fue hacia él.

Dejó de ver al extraño y sintió alivio hasta que aquellos desconocidos empezaron a preguntarle cosas y volvió a pasar lo mismo, no podía hablar. Comenzó a sentir un hormigueo en los pies y en las manos, intentaba hablar, pero no podía, la voz se le había ido y no podía dejar de lado que el extraño debía estar por ahí, mirándolos. Necesitaba advertirles. Uno de los chicos del grupo hizo que se sentara porque se veía muy nervioso.

Intentó hablar una vez más pero solo pudo decir "alguien", le costó y se sentía peor. Estaba aturdido, le dolía la cabeza, pero siguió intentando explicar lo que le pasaba hasta que lo vio. Trató de mover las manos pero no pudo, sintió el hormigueo pero esta vez en todo el cuerpo. Estaba asfixiado, aunque era irónico porque estaba en la calle, pero se sentía encerrado en su propio cuerpo, en sí mismo al no poder moverse ni hablar.

No llegó a avisar al grupo, que lo estaba intentando ayudar, que había alguien detrás de ellos. Tampoco pudo advertirles cuando el extraño alzó su brazo con el cuchillo en mano. Solo los escuchó gritar, los vio intentar escapar mientras él seguía ahí, sentado sin poder moverse. Estaba viendo como se desataba un caos frente a él. Quería irse, lo único que quería era estar lejos de ahí o al menos poder

moverse o gritar porque cuando se dio cuenta que iba a ser el próximo y que ni siquiera iba a poder resistirse empezó a sentir angustia.

Se dio cuenta que el desconocido, lo estaba mirando así que le devolvió la mirada. Pudo ver la cara de un hombre, estaba vestido de negro, definitivamente no lo conocía. Era de noche, ya había oscurecido, pero sintió de alguna manera que todo a su alrededor se tornaba más oscuro. Pánico. Iba a morir. Su cuerpo seguía sin responder. El extraño se acercó, vio el arma con el que le arrebató la vida a las otras personas y sintió el impacto en el muslo derecho. Dolor. Sintió otro impacto en el estómago.

No estaba viendo bien, volvió a sentirse desorientado. Visualizó cómo el extraño levantaba el cuchillo otra vez y pudo gritar, pudo moverse. Sintió un golpe y en ese instante abrió los ojos, había luz. Estaba sudando, el corazón le latía rápido, le costaba respirar y sentía la cara mojada por algunas lágrimas. Estaba en el suelo de su habitación, no en la calle, seguía aturdido pero el sonido de la alarma y los golpes en la puerta lo llevaron a la realidad. Fue una pesadilla.

### **Se acabó la fiesta**

Micaela Valdez

Laura estaba regresando a su casa y, antes de entrar, se encontró con su hermano Lorenzo, quien pudo notar en su mirada una tristeza que le fue imposible de disimular. Así que se acercó a ella y, sin preguntar qué era lo que había pasado en la casa de la Señora Scott, la abrazó. No entendía qué había ocurrido, ni por qué ella no paraba de repetir la misma frase, una y otra vez. Pero se quedó ahí. Y unos minutos más tarde en que reinó el silencio, ya un poco más tranquila, le pidió que entraran, que estaba cansada por todos los acontecimientos de ese día tan ajetreado.

Entró a su cuarto e intentó conciliar el sueño, pero fue en vano. No paraba de darle vueltas a lo ocurrido en aquella casa, a la cara del hombre que se encontraba en la cama, ya lejos de la realidad. De esta realidad que es la que deben sobrellevar todos cada día, aunque claro, era erróneo compararse con él en ese aspecto, debido a que la realidad de ese señor había sido otra.

Él murió ese mismo día sin ser recordado, sin que nadie se enterara, hasta esa tarde, quién era. Lo poco que se sabía era que se apellidaba Scott y que día tras día había tenido que luchar para sacar a su familia adelante, trabajando de carretero. Mientras que Laura, una joven de clase alta tenía otras preocupaciones: una fiesta en su jardín. Con música, gente riendo, bailando, todos felices. La preparación de la comida y de las rosas, entre otras cosas. Claro que había una diferencia marcada. Se puso entonces a cuestionarse todo, hasta la vida misma. La vida: ¿qué es? Se preguntó ¿Qué significado tiene? Y volvió a recordar la expresión del rostro de aquel hombre; Y sus hijos! ¿Qué sería de ellos ahora? No podía asimilar lo que estaba pasando. Así fue como se mantuvo durante gran parte de la noche, iba y venía con preguntas desde las más tontas a las más difíciles de responder. Y finalmente, sin darse cuenta, se quedó profundamente dormida.

Al día siguiente despertó un poco exaltada, así siguió durante varios días, pensando y analizando cada suceso de su vida. Sabía que tenía que hacer algo, que no podía seguir torturándose de esa manera, sola y encerrada. Por ello decidió salir de su cuarto y hablar con su hermana Josefina sobre el tema. Pero falló en el intento, porque su hermana la volvió a llamar exagerada. Le dijo que deje de pensar en un muerto, que ya había pasado el tiempo y que no tenía importancia. Laura no pudo contenerse al escuchar tal cosa y comenzó a llorar desconsoladamente.

Se fue corriendo hacia el jardín y recordó otra vez la cara del hombre. Su rostro... Un rostro que mostraba tranquilidad, como si todo estuviese bien. Por fin logró entender esa expresión que la había llevado a replantearse el significado de la vida, de su vida y la de otros. Y, finalmente, ese día ella decidió quitarse la suya. No, no fue un acto de impulsividad. Lo venía pensando luego de una semana de la muerte de Scott, en la que tenía insomnio todo el tiempo. Y estaba cansada, cansada de pensar, quería tener esa paz. Y murió.

Después de un largo rato, su familia la encontró en el jardín, ya sin vida. Se pusieron muy tristes, claro. Lloraban, no comprendían qué la había llevado a eso y por qué Laura tenía el rostro tan tranquilo. Hasta se la notaba feliz... Todo había terminado. No había más sufrimiento. Ya no había nada. Aquel día fue su verdadera fiesta en el jardín, en la que Laura por fin supo lo que era la vida. Solo que los demás no lo entendieron.